

“Dialogal – Quaderns de l’Associació UNESCO per al Diàleg Interreligiós”.

### ALIANZA DE CIVILIZACIONES

“Si quieres la paz, prepara la guerra”, ha sido el perverso adagio que ha guiado a la humanidad durante siglos, para ganancia de los fabricantes de armas de toda índole y de quienes, desde el poder, han aparecido como protectores de los pueblos amenazados. La historia es un rosario de peleas, confrontaciones, batallas... porque era para lo que las sucesivas generaciones se habían preparado, dando frecuentemente su vida por causas que desconocían, víctimas de la abyecta lógica de la fuerza.

Pero, poco a poco, a medida que las democracias han permitido la aparición de los ciudadanos en el escenario público y su participación e influencia en estrategias, enfoques y programas de gobierno, cada día está más claro que, a partir de ahora, “si quieres la paz, contribuye a prepararla con tu conducta cotidiana”. Conducta que incluye no seguir tolerando resignadamente los designios de líderes autoritarios que desoyen la voz del pueblo. Ahora, gracias a los grandes progresos de la tecnología de la comunicación, particularmente mediante el SMS de los teléfonos móviles y el Internet, podemos expresarnos libremente desde cualquier lugar, en cualquier momento. Son adelantos que favorecerán la consolidación de los procesos democráticos, porque las barreras de la distancia y de las posibilidades de actuación personal van desapareciendo, de tal modo que el disenso o el aplauso pueden acceder, en tiempo real, a los oídos de los mandatarios.

El aislamiento era una de las circunstancias que propiciaban el miedo y la docilidad. Ahora, al poder desencadenar un auténtico clamor popular, la inmensa mayoría que ansía vivir en los principios democráticos de la justicia, libertad, igualdad y solidaridad, puede unir manos y voces para hacer posible la transición desde una cultura de imposición, violencia y guerra a una cultura de diálogo, conciliación y paz. Este “*Tsunami*” ciudadano -¡el siglo XXI puede ser, por fin, el siglo de la gente!- sería capaz de hacer frente a los inmensos intereses de los consorcios industriales bélicos, iniciando el cambio desde una economía de guerra (que necesita la existencia de “enemigos”) a una economía de convivencia, donde los grandes desafíos –salud, energía, agua...- se abordarían conjuntamente. Las asimetrías económicas y los terribles desgarrs en el tejido social se reducirían, se remedarían y empezaría una nueva era, más posible hoy que en el pasado.

Al final de las dos grandes guerras del siglo XX, los Presidentes norteamericanos Wilson y Roosevelt, respectivamente, intentaron crear los fundamentos para la paz a escala mundial mediante la Liga de Naciones (1919) y las Naciones Unidas (1945). Otro Presidente norteamericano, J. F. Kennedy, con la “Alianza para el Progreso y los “Cuerpos de Paz”, favoreció la visión de sus antecesores. El fin de la “guerra fría” no se acompañó, desgraciadamente, de las medidas en favor de la paz que durante tanto tiempo se anunciaron. Acontecimientos tan esperanzadores, por la honda transformación que implicaban, como el hundimiento de la Unión Soviética, el fin del “apartheid” racial en África del Sur, los procesos de paz de El Salvador, Guatemala, Mozambique,... no fueron suficientes para el cambio de rumbo que se necesitaba, y los países más poderosos, liderados por los Estados Unidos, decidieron debilitar el marco ético-jurídico que representa el Sistema de las Naciones Unidas en lugar de

fortalecerlo y, en una abdicación histórica, sustituyeron los principios ideológicos por las leyes del mercado. “Es de necio confundir valor y precio”, había advertido don Antonio Machado en uno de sus Cantares y Proverbios. Los mercaderes a escala planetaria no suelen leer los poemas más inspirados. Y, así, una plutocracia y, al poco tiempo, un poder hegemónico, sustituyeron el “Nosotros, los pueblos”... con que se inicia la Carta de las Naciones Unidas.

A principio de la década de los ochenta, Norteamérica, seguida al poco tiempo, como casi siempre, por el Reino Unido, decidió abandonar la UNESCO, cuya misión es “elevar los baluartes de la paz en la mente de los hombres”. Pensaron que retirando su importante contribución económica, la rama intelectual del Sistema de las Naciones Unidas quedaría inutilizada rápidamente. Se equivocaron. La UNESCO vive de ideales y de ideas. Y, junto a la ONU, marginada, siguió iluminando los caminos de futuro con pautas de extraordinario valor sobre educación para todos (1990), medioambiente (1992), desarrollo social, tolerancia e igualdad de género (las tres declaraciones en 1995, con ocasión del quincuagésimo aniversario de las Naciones Unidas), la Declaración Universal sobre el Genoma Humano (1997 y 1998), la Declaración y Plan de Acción sobre una Cultura de Paz (1999), Declaración sobre la Diversidad (2001 y 2005)...

El Prof. S. Huntington, con sus agoreras previsiones de un gran choque de civilizaciones confirió tonos todavía más sombríos a la post guerra fría. En 1998, la propuesta del “Diálogo de Civilizaciones” por el Presidente de Irán M. Khatamí puso de manifiesto, junto a las actividades en favor de la Cultura de Paz, las alternativas basadas en el pleno ejercicio de los Derechos Humanos, la conciliación y la conjunción de esfuerzos para evitar el enfrentamiento que propicia la “solución militar”.

En el año 2000, fecha particularísima por lo que representa estrenar siglo y milenio a la vez, los Jefes de Estado y de Gobierno suscribieron la Declaración que contiene los Objetivos del Milenio: I. Valores y Principios; II. Paz, seguridad y desarme; III. Desarrollo y erradicación de la pobreza; IV. Protección de nuestro medio ambiente común; V. Derechos Humanos, democracia y buena gobernación; VI. Proteger a los más vulnerables; VII. Satisfacer las necesidades especiales de África; y VIII. Reforzar las Naciones Unidas. Hay que reconocer que, quizás por pensar que se disponía de mil años para su puesta en práctica, no hubo signos que anunciaran la voluntad política de transformar las palabras en hechos.

Luego, los trágicos acontecimientos terroristas suicidas del 11 de septiembre de 2001. Y todos, una vez más, al lado de la vida, al lado de las víctimas. La retransmisión “en directo” del hundimiento de las Torres Gemelas es una imagen inolvidable y de gran valor ético porque, de un lado, nos ayuda no cejar en los esfuerzos en favor de la concordia, de la justicia y de la paz. Y, de otro, lo visible en tan alto grado tiene que recordarnos permanentemente lo más invisible, el genocidio silencioso que, en una inverosímil coincidencia, recordaba la FAO unas horas antes de la siniestra y abominable acción del Al Qaeda a los símbolos económicos y políticos, en Nueva York y Washington de Norteamérica: cada día mueren entre 50 y 60 mil personas de hambre...

Mas adelante, después de las represalias inmediatas en Afganistán, la guerra innecesaria, injusta, mortífera, de Irak. En todas partes se eleva la voz de la gente pidiendo que sean las Naciones Unidas, es decir, todos los pueblos, los que hagan frente al uso de la violencia, venga de donde venga, y a los extremistas, vengan también de donde vengan.

En Porto Alegre se proclama el otro mundo posible y el Presidente Lula sitúa la nutrición para todos los brasileños como primera prioridad de su gobierno. El llamado altermundismo se pone en marcha y logra que su voz, pacífica pero firme, sea escuchada en los foros donde los representantes de los países más prósperos siguen pretendiendo decidir el destino común de la humanidad.

En septiembre de 2004, el Presidente del Gobierno Español José Luis Rodríguez Zapatero, en su alocución ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, se une a la lucha contra la pobreza –caldo de cultivo de tantas frustraciones, violencia, flujos emigratorios de desesperados...- y presenta la iniciativa de la “Alianza de Civilizaciones”. Considera que es por el conocimiento recíproco, por la conciliación y la palabra que podrán construirse puentes y anudarse lazos que permitan asegurar una convivencia solidaria y respetuosa con las identidades culturales, étnicas, religiosas, etc. de todos los ciudadanos, tanto a escala local como regional y mundial. Es un paso más, de gran relieve. Es el fruto del diálogo. El Secretario General de las Naciones Unidas hace suya esta iniciativa y la incorpora al documento que presenta el 22 de julio de 2005 para ser tratado en la Cumbre del mes de septiembre, cuando los Jefes de Estado y de Gobierno se reúnan para, a los 5 años de la Declaración de los Objetivos del Milenio, analizar de nuevo la situación y reafirmar sus posiciones en favor de su puesta en práctica.

El párrafo 144 del documento final de la Cumbre, el día 14 de septiembre de 2005, dice así: “*Cultura de paz e iniciativas sobre el diálogo entre culturas, civilizaciones y religiones*. Reafirmamos la Declaración y el Programa de Acción sobre una Cultura de Paz, así como el Programa

Mundial y el Programa de Acción para el Diálogo entre Civilizaciones, aprobados por la Asamblea General, y el valor de las diferentes iniciativas sobre el diálogo entre culturas y civilizaciones, incluido el diálogo y la cooperación entre creencias. Nos comprometemos a adoptar medidas para promover una cultura de paz y diálogo en los planos local, nacional, regional e internacional, y pedimos al Secretario General que estudie la posibilidad de mejorar los mecanismos de aplicación y de dar seguimiento a estas iniciativas. En este sentido, también acogemos con satisfacción la iniciativa de la Alianza de las Civilizaciones anunciada por el Secretario General el 14 de julio de 2005”.

El Grupo de Alto Nivel de las Naciones Unidas para la Alianza de Civilizaciones, que tengo el honor de co-presidir con el Ministro turco Prof. Mehemet Aydin, tiene como misión “movilizar una acción concertada de la sociedad civil y de las instituciones para superar los prejuicios...la sospecha, el miedo y la incompreensión... estableciendo las bases de respeto mutuo entre todas las civilizaciones y culturas... de tal forma que, reflejando la voluntad y los anhelos de la gran mayoría de la gente, se rechacen el extremismo y la violencia”. El informe deberá presentarse en la segunda mitad del año 2006 y se orientará siempre hacia acciones que permitan, rápidamente, que el diálogo y la alianzan sustituyan al enfrentamiento y la fuerza.

No se trata, quede bien claro, de “esperar” como espectadores pasivos, las acciones que eventualmente decidan emprender los gobiernos o instituciones internacionales. Es nuestro destino común el que está en juego y por tanto todos –“¿Quién, si no todos?”, proclamó Miquel Martí y Pol– debemos contribuir a una gran movilización, un gran clamor, una siembra permanente, a pesar de todo, porque si no hay simiente no habrá fruto,

porque sino utilizamos todos los medios de los que hoy disponemos para favorecer la alternativa de la palabra volveremos a ser víctimas de la imposición y de la fuerza. Los medios de comunicación, las organizaciones no gubernamentales,... deben actuar coordinadamente, porque hoy más que nunca es la unión la que permitirá que la diversidad, nuestra gran riqueza, favorezca la transición desde una cultura de imposición y violencia a una cultura de solidaridad y de paz.

Federico Mayor  
Co-Presidente del Grupo de Alto Nivel de las  
Naciones Unidas para la Alianza de Civilizaciones.